

# Jardín del Arte

*Juan Cervera Sanchís*

En el Jardín del Arte pienso en ti.  
Revivo enamorado de tu ensueño,  
cada vez más real en los recintos  
fieles de mi memoria.  
En el Jardín del Arte recuerdo ensimismado  
los besos que nos dimos  
en aquel tiempo luz,  
en que nuestra pobreza,  
vista hoy y a distancia, me parece  
que fue una gran riqueza.  
¡Qué ricos de ilusiones éramos, amor mío,  
en aquel tiempo en que tú me invitabas  
a unos huevos rancheros  
en aquel humildísimo restorán  
de Villalogín que llamábamos,  
pues no tenía nombre, “La Viejita”.  
Sí, el restorán de “La Viejita”,  
en honor de aquella mujer de pelo blanco  
que siempre nos servía sonriéndonos  
y sumamente amable.

En el Jardín del Arte esta mañana,  
cuarenta años después de todo aquello,  
me siento en una banca y rememoro  
los crepúsculos en que tú y yo  
en una de estas bancas  
nos besábamos tomados de la mano  
y soñando venturosos futuros.



Creíamos entonces en el feliz futuro.  
De verdad de verdad que me estremezco  
en el Jardín del Arte  
mientras digo tu nombre y me traslado  
contigo a aquellos tiempos  
que ya no volverán y, sin embargo,  
vuelven, retornan a mi imaginación  
y dan radiantes alas a mis sueños ensueños,  
soñando, amando en ti y contigo  
los días, las tardes, los crepúsculos,  
las noches... Aquellas noches nuestras  
y tan nuestras que siguen siendo nuestras.

En el Jardín del Arte esta mañana  
activé mi pequeño celular,  
y te llamé y te dije:  
“Te hablo, amor mío, desde el Jardín del Arte”  
y recordamos juntos nuestras cenas,  
aquellas cenas nuestras  
que no iban más allá  
de unos huevos rancheros y un refresco  
que nos servía aquella diligente  
vejita inolvidable.  
Hablamos un instante y volvimos  
a reinventar la vida desde el Jardín del Arte,  
aquella vida nuestra loca y enamorada,  
que sigue siendo vida enamorada y loca.

Pensando en nuestras vidas  
contemplo las hermosas palmeras  
que en el Jardín del Arte  
se pueblan de pequeños y alegres gorriones  
al tiempo que las tórtolas  
picotean a la sombra de los fresnos.

Yo cuento días y noches,  
nubes y estrellas cuento  
en el Jardín del Arte y pienso y pienso en ti,  
en mí, en nosotros pienso.  
La vida mientras tanto prosigue su camino  
y en el Jardín del Arte esta mañana  
me visto de domingo y hablo a todo color  
con los pintores pensando siempre en ti,  
ya que yo vivo en ti y por ti, vida mía,  
y me recreo en los puentes colgantes del recuerdo.

Regreso a aquellos años en que el pasado siglo  
tenía por delante décadas de ilusiones  
y tú y yo cultivábamos jardines interiores  
y éramos un emporio de caricias  
en el Jardín del Arte,  
y cenar unos huevos rancheros  
era más que un banquete delicioso,  
pues era una delicia, amada amiga mía,  
caminar al azar por cualquier calle  
o sentarse, ¡qué simple y qué precioso!,  
en una humilde banca del siempre acogedor  
Jardín del Arte de la Ciudad de México.  
Este Jardín del Arte, tan nuestro y tan querido  
que, como ayer, hoy día, esta mañana,  
es el fehaciente y alto y hondo  
y bello testimonio, oh, amor mío,  
de que el amor nos guía,  
de que el amor es arte, luz y vida,  
y es jardín el amor  
y nosotros perpetuos y amantes jardineros.



## IMPETÉRRITA

Es que no hay nada muerto.  
Es que todo está vivo.

Nadie, ¡oh, Dios!, se imagina  
el enorme desastre que sería  
revivir a los muertos.

Darle forma y color  
a la manzana que ayer  
en nuestra mesa  
nos alegró los postres,  
sería como tratar  
de asesinar un sueño  
o encarcelar el alma  
libérrima de un niño.

Y es que nada está muerto.  
Y es que todo está vivo  
y transformándose  
instante tras instante.

La vida, que lo es todo,  
continúa impetérrita  
su implacable camino.

## PASÉ

*Para Axaí, la única*

Pasé frente a la que fue  
un día casa de tu abuela  
y de aquella casa, hoy,  
ya no queda  
mas que esa fotografía,  
amarillenta,  
que guardas tú, como quien,  
con veneración extrema,  
guarda una amada reliquia.

Pasé y me invadió la pena  
y lloré y lloré por dentro  
y por fuera,  
rememorando aquel patio,  
con macetas,  
en donde jugabas tú,  
entre rosas y azucenas  
y en flor de ilusiones de niñas,  
mientras sonreía tu abuela  
y tu corazón latía  
al ritmo de la inocencia.

Pasé frente a la que fue  
un día casa de tu abuela.  
Pasé y al pasar sentí  
que me ahogaba de tristeza  
y para no ahogarme, amor,  
urdí este breve poema.

### SOY EL HOMBRE IMPERFECTO

Estoy hecho de errores y de traspies constantes.  
Me equivoco no sé cuántas veces al día.  
Corrijo y vuelvo a errar, y así es mi vida.  
Soy el hombre imperfecto y el imperfecto hombre.  
La perfección no va y nunca ha ido conmigo.  
Las medallas de oro no colgarán jamás de mis solapas.  
Soy medalla de barro y no me va lo heroico,  
ni los ¡hurras! a coro de las obnubiladas multitudes.  
Soy el hombre imperfecto. Estoy hecho de errores  
y de traspies constantes. Soy ese hombre oscuro  
que a pie de calle piensa y canta y cree,  
a pesar de tantísimos e incontables pesares,  
en el hombre, ese hombre nuevo que nos anuncia  
en cada niño Dios, aunque al paso del tiempo,  
que todo lo destruye, acabe convertido en hombre viejo  
y en una más de tantas y tantas decepciones  
del que quiso y no pudo.  
Sí, Dios también se equivoca y corrige y corrige,  
convencido que, igual que tú y que yo, Él  
también, aunque cueste creerlo, no es perfecto,  
pues es la imperfección la causa de las causas  
que rige a la Creación, que se crea y se descrea  
inevitablemente instante a instante. ■■

